

co más ambicioso de la historia contemporánea parecía el momento perfecto para celebrar la paz y la integración, la prosperidad económica y la amistad entre quienes llevaban siglos matándose. Hoy el pesimismo y la fractura dominan el escenario.

La UE nunca pierde la ocasión de perder una ocasión. Tiene la materia prima que envidian en todo el planeta, los recursos, la pujanza económica. Pero sus líderes han sido incapaces de mandar a la ciudadanía el discurso de esperanza y triunfo que tenían a su alcance.

Hoy los jefes de Estado y de Gobierno de los 27 (sin Theresa May) se verán las caras. Poco después de saber que Reino Unido enviará la carta oficial con la que empezará el Brexit el día 29 y tras los atentados de Londres. Tenían que conjurarse para lanzar un mensaje de absoluta unidad pero están más divididos que nunca y las grietas han dejado patente que no hay una ruta clara.

Los líderes de las instituciones europeas (Tajani, Juncker y Tusk) confían en que el peso de la historia y del lugar haga a los presentes reconsiderar sus posiciones y pensar, por una vez, a lo grande. La sala del Palazzo dei Conservatori, en el Campidoglio, es donde tal día como hoy, en 1957, Christian Pineau (Francia), Joseph Luns (Países Bajos), Antonio Segni (Italia), Joseph Bech (Luxemburgo), Paul Henri Spaak (Bélgica) y Konrad Adenauer

La organización celebra el aniversario entre el pesimismo y la fractura

(Alemania) dieron el pistoletazo de salida. Desde entonces, 22 Estados más se han unido. Y a pesar de que uno de ellos haya decidido dar marcha atrás, la lista de los que desean adherirse no es corta.

Cuando hace unas semanas la Comisión Europea publicó su esperado Libro Blanco la respuesta del Consejo fue muy clara: «la unanimidad, la unión, por delante de la profundización». Es decir, que tras el Brexit lo fundamental es que fuera cual fuera el camino que se escogiera, todos tendrían que ir de la mano.

Las opciones son tan diferentes que puedan marcar las próximas generaciones. Desde apostar por una Unión Europea que sea sólo un mercado común hasta ir a por la vía federal. No hay consenso pero en lugar de apostar por unos mínimos, el debate que debía servir para salir del paso y coger fuerzas, está fracasando. Y además, un buen número de países quiere aprovechar la ocasión para enviar mensajes en clave nacional. El espíritu de Roma se puede resumir en una de las frases que los embajadores han barajado en las últimas semanas: Ir juntos siempre que sea posible, a distintas intensidades cuando se necesite. La Europa de las dos o múltiples velocidades.



Un trabajador ultima los preparativos del acto de conmemoración del Tratado de Roma en la Plaza del Campidoglio, ayer en Roma. ALESSANDRO BIANCHI / REUTERS

La salida del Reino Unido supone una oportunidad para construir una verdadera Europa política y de la Defensa

60 años después de Roma, Europa en la encrucijada

JOSEP BORRELL
Y DOMÈNEC RUIZ DEvesa

TRIBUNA

Cuando se cumplen 60 años de la firma en Roma de los Tratados fundacionales de lo que hoy es la Unión Europea, ésta se encuentra en la encrucijada de una crisis existencial entre el retorno a los nacionalismos y el avance hacia una mayor integración desde una perspectiva federal. Por eso, los europeístas debemos aprovechar la conmemoración del pasado para reclamar una Europa más unida, democrática y solidaria, frente a los populistas antieuropeos que ganan terreno dentro y fuera de Europa, con personajes como Farage, Le Pen, Putin y Trump.

Esa proyección hacia el futuro requiere un balance previo de lo que ha supuesto la construcción europea desde 1957.

En primer lugar hay que recordar, particularmente a las nuevas generaciones que consideran normal viajar por Europa sin cruzar fronteras ni necesitar pasaporte y poder estudiar en

otro Estado, que la UE ha construido el período más largo de paz entre los europeos. Un éxito de proporciones históricas que nunca deberíamos minusvalorar.

En segundo lugar, reconocer que la constitución de una unión aduanera y de un mercado interior sin restricciones a la libertad de movimiento de los trabajadores, junto con políticas de carácter redistributivo, como la Política Agrícola Común, el Fondo Social Europeo y la Política Regional, de la que tanto se ha beneficiado España, contribuyeron decisivamente a varias décadas de alto crecimiento económico. Estas se vieron interrumpidas por la crisis del petróleo en 1973, y por la crisis financiera iniciada en Estados Unidos en el verano de 2007 y cuyos efectos fueron amplificadas en Europa por el incompleto diseño del euro.

Y construimos instituciones políticas de carácter supranacional como la Comisión, un Parlamento en la actualidad colegislador en la mayoría de las materias, y un Consejo representativo de los Estados miembros, necesarias para diseñar las políticas comunitarias y controlar su aplicación. Como decía Jean Monnet, nada es posible sin las personas, pero nada dura sin instituciones.

Con todas sus limitaciones, se trata de una experiencia única en la historia de la Humanidad. Los viejos y enfrentados Estados-nación se unen de forma libre y voluntaria y comparten elementos clave de su soberanía, aprobando leyes comunes para la protección de los consumidores y del medio ambiente, la seguridad en el trabajo, la política de la competencia, la política comercial exterior o la propia moneda.

Son logros impresionantes. Hay que recordarlos frente a los que proponen deshacer lo andado y volver a la falsa seguridad de un más familiar Estado-nación. Pero también hay que reconocer los errores cometidos desde el inicio de la crisis, y que ahora admite la propia Comisión Europea. Europa ha perdido gran parte de su crédito porque las instituciones, con algunos Estados miembros a la cabeza, aplicaron una política de ajuste fiscal a ultranza, que profundizó la depresión económica y social. Corregir esta política es una condición imprescindible para la recuperación

de la confianza en el proyecto de integración y en su profundización federal.

La crisis ha demostrado que no es sostenible una unión monetaria sin un pilar fiscal que establezca el ciclo económico cuando la crisis afecta con más fuerza a unos Estados que a otros, ni un Espacio Schengen que consagra la libertad de circulación pero que carece de una política común de inmigración y asilo, incluyendo la gestión de la frontera exterior.

Son precisamente este tipo de contradicciones internas del proceso de integración las que hay que resolver con urgencia, avanzando hacia la Europa federal, dotada de una auténtica dimensión social, imprescindible para superar el creciente euroescepticismo de las clases populares, sin cuyo apoyo no es viable la Europa libre y unida a la que aspiraba Altiero Spinelli ya en 1941 desde su cárcel de la isla de Ventotene.

La salida del Reino Unido, elemento siempre discordante respecto a «esa una unión cada vez más estrecha» que proclamaba el Tratado de Roma, y la elección de Trump en Estados Unidos, suponen una oportunidad para constituir una verdadera Europa política y de la defensa, completando la Unión Económica y Monetaria con un presupuesto de la Eurozona, un marco comunitario de salarios mínimos y de protección social, y suprimir el derecho de veto nacional, poniendo al Parlamento Europeo en plena igualdad con el Consejo.

Es lo que hoy los 27 Jefes de Estado y de Gobierno deberían proponer en su declaración conmemorativa en Roma, donde el Movimiento Europeo Internacional y la Unión de los Federalistas Europeos han convocado una gran manifestación proeuropea para reclamar esta agenda positiva para nuestro continente. Es una ocasión de demostrar que la mayoría social aspira a más y mejor Europa, frente a la vuelta a los nacionalismos, que como decía Mitterrand, solamente representan la guerra, hoy felizmente abolida entre europeos.

Josep Borrell Fontelles es ex Presidente del Parlamento Europeo.

Domènec Ruiz Devesa es vocal del Buró Ejecutivo de la Unión de los Federalistas Europeos.